

DISCURSO

DANDO GRACIAS Á CÉSAR POR LA REPATRIACIÓN DE MARCELO

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. JUAN BAUTISTA CALVO

I. El día de hoy, padres conscriptos, pone fin al largo silencio que he guardado en estos tiempos, no por temor alguno, sino parte por sentimiento y parte por vergüenza. Comienzo á hablar de nuevo, según mi antigua costumbre, lo que quiera y sienta, pues no puedó ahogar la voz del agradecimiento á bondad tan desusada, tan inaudita clemencia, moderación tan admirable en poder tan ilimitado, en una palabra, á tan increíble y divina sabiduría, entendiendo, padres conscriptos que, al devolver M. Marcelo á vosotros y á la República, no sólo se os restituye y conserva su voz y autoridad, sino también la mia.

Me dolía y afligía mucho ver que tal persona del mismo partido que yo, no tenía igual fortuna, y no podía persuadirme ni parecíame lícito seguir yo nuestra antigua carrera mientras viviese apartado de mí aquel émulo é imitador de

mis estudios, que fué como colega mío en mis trabajos.

Así, pues, César, has reanudado mi antiguo é interrumpido modo de vivir, y dado á todos éstos señal cierta de esperanza de prosperidad pública, haciendo comprender ha tiempo á mí, por lo que hiciste con muchos y en particular conmigo, y ahora á todos, al Senado y al pueblo romano, al conceder la repatriación de M. Marcelo después de recordar las ofensas de él recibidas, que antepónías la autoridad de este orden y la dignidad de la República á tus resentimientos ó sospechas. El unánime sufragio del Senado y tu grave y acreditada opinión han hecho en verdad que Marcelo recoja hoy el copiosísimo fruto de toda su pasada vida; por ello entenderás, César, cuán laudable es conceder un beneficio, siendo tan glorioso recibirlo, y en Marcelo duplicará la dicha, muy merecida por cierto, la consideración de que su regreso tanto como á él alegra á todos. Porque, en efecto; ¿qué hombre le supera en nobleza, en probidad, en el estudio de las bellas artes, en la pureza de las costumbres y en todas las demás prendas loables?

II. No hay ingenio bastante fecundo, ni afluencia de lenguaje ó pluma tan grande que pueda, C. César, no diré ilustrar, sino ni aun referir tus hazañas; pero aseguro, y lo diré con tu licencia, no ser ninguna tan gloriosa como la que en este día has hecho. Con frecuencia imagino, y en la intimidad de las conversaciones siempre lo digo con gusto, que todas las hazañas de nuestros generales, todas las de las naciones extranjeras y poderosísimos pueblos, to-

das las de los reyes más esclarecidos no se pueden comparar con las tuyas, ni en la grandeza de las campañas, ni en el número de las batallas, ni en la diversidad de los países, ni en la presteza para acabar las contiendas, ni en la diferencia de guerras, y que nadie pudo recorrer con más rapidez tierras tan distantes entre sí como tú lo has hecho con tus victoriosos ejércitos.

Si no confieso que tales hazañas son tan grandes que apenas caben en la mente ó pensamiento humano, estoy loco, y, sin embargo, hay otras mayores. Porque las alabanzas por empresas bélicas suelen algunos aminorarlas dando participación en el mérito no sólo á los generales sino á otros muchos, para que no sea sólo de aquéllos; y ciertamente en asuntos de guerra, ayudan mucho el valor de la tropa, la ventaja del sitio, los socorros de los aliados, las escuadras, los víveres, correspondiendo por derecho propio gran parte del éxito á la fortuna que estima suyo cuanto se hizo felizmente.

Pero en la gloria que has alcanzado en este día C. César, no tienes copartícipe. Lo que has hecho hoy, por grande que sea, y no puede ser mayor, tuyo propio es; sí, completamente tuyo. Ninguna participación tienen en ello ni el centurión, ni el prefecto, ni la cohorte, ni el escuadrón, ni aun la misma fortuna que domina las cosas humanas se presenta á participar de esa gloria; te la cede á ti, y confiesa que es completamente tuya, porque la temeridad jamás se alía con la prudencia, ni al acaso se le admite á consejo.

III. Domaste innumerables naciones bárba.

ras que ocupaban ilimitados territorios y poseían inagotables recursos; sin embargo, en esto no hiciste más que vencer lo que por su naturaleza era vencible, pues no hay poder alguno, por grande que sea, que no debiliten y quebranten el hierro y las fuerzas. Al que se vence á sí mismo, refrena la ira, usa con templanza de la victoria y al adversario caído, recomendable por su nobleza, ingenio y valor, no sólo le levanta del suelo sino le acrecienta su antigua dignidad, no creo que se le deba comparar con los más grandes hombres, sino estimarlo muy semejante á los dioses.

Tus hechos belicosos, C. César, serán celebrados, no sólo en nuestros escritos y en nuestra lengua, sino en las de casi todas las naciones y hasta en las edades remotas te darán fama. Sin embargo, estas cosas, no sé por qué, cuando se leen, parece como que no las dejan oír bien el clamor de los soldados y el sonido de las trompetas. Pero cuando oímos ó leemos algún hecho de clemencia, de mansedumbre, de justicia, de moderación ó de cordura, principalmente en asunto de ira que es enemigo de consejo, y en punto de victoria que de suyo es insolente y soberbia, ¿qué secreto impulso nos induce, no sólo cuando se trata de hechos ciertos, sino hasta en las narraciones fabulosas para amar muchas veces á los que nunca hemos visto? Mas á ti, aquí presente, cuyos intentos y pensamientos de querer salvar lo que la fortuna de la guerra dejó en pie en la República, estamos viendo, ¿qué alabanzas te tributaremos? ¿Con qué afecto y con qué cariño te miraremos? Parece-me, C. César, que hasta las paredes del Senado se

mueven para darte gracias, porque en breve tiempo han de ver la autorizada persona de Marcelo ocupando estos mismos asientos de sus mayores y el suyo.

IV. En verdad, cuando ha poco veía con vosotros las lágrimas de C. Marcelo, persona tan bondadosa y recomendable por el singular afecto á su hermano, penetró en mi alma el recuerdo de todos los Marcelos á quienes, aunque muertos, con conservarles á M. Marcelo les has restituído su dignidad, librando de casi su total extinción á una nobilísima familia reducida ya á pocos vástagos. Todas tus glorias, muy grandes é innumerables debes con razón posponerlas á la de este día, que es propia y privativa de C. César. Las demás hazañas hechas bajo tu mando fueron famosas, sí, pero ejecutadas con grande y numeroso acompañamiento. Mas en ésta eres tú á la vez capitán y ejército, y es tan insigne, que cuando con el transcurso del tiempo desaparezcan tus trofeos y monumentos (porque no hay nada hecho por trabajo y mano del hombre que alguna vez no acabe), esta tu justicia y magnanimidad brillará cada día con más esplendor, de manera que cuanto quite el tiempo á tus obras, lo añadirá á tus alabanzas. A todos los demás victoriosos en las guerras civiles, ya los habías vencido en equidad y misericordia; pero hoy te has vencido á ti mismo. Temo que lo que voy á decir no lo puedan entender los que me escuchan como yo lo pienso y concibo. Parece que has vencido á la misma victoria al devolver á los derrotados lo que la victoria había logrado de ellos, pues si como vencedor tenias derecho á matarnos á todos los ven-

cidos, por determinación de tu clemencia nos hemos salvado. Eres, portanto, con razón el único invicto por haber triunfado de la propia naturaleza y poder de la victoria.

V. Y observad, padres conscriptos, la amplitud que tiene este acuerdo de C. César. Cuantos fuimos arrastrados á aquella guerra por no sé qué lastimosa y funesta fatalidad de la República, alguna culpa tenemos de error humano, pero estamos seguramente libres de maldad. Porque cuando César, á ruego vuestro, conservó para la República á M. Marcelo y sin que nadie se lo pidiese hizo lo mismo conmigo, devolviéndome también á la República, y restableció en sus derechos, atendiendo á sus méritos y á la conveniencia de la patria, á otros muchos dignísimos varones á quienes veis asistir al Senado y ejercer su cargo; cuando hizo esto, no fué por meter enemigos en el Senado, sino por juzgar que los más habían emprendido la guerra civil por ignorancia y falso y vano miedo, no por ambición y odio.

Y por cierto que en esta guerra siempre procuré la paz, opinando que se debían escuchar las proposiciones para conseguirla y sintiendo que fueran rechazados, no sólo la paz, sino hasta los discursos de los ciudadanos que con instancia la pedían. Ni en esta guerra civil ni en ninguna otra me he mezclado, siendo siempre mis consejos favorables á la paz y á la concordia, no á las armas y á la guerra. Seguí á Pompeyo por deber personal y no político, pudiendo tanto el reconocimiento en mi ánimo agradecido que, sin ambición ni esperanza alguna, comprendiéndolo y sabiéndolo, corría á una muerte vo-

luntaria. Y no disimulé este modo de pensar mio, porque no sólo aquí en el Senado hablé largamente en favor de la paz cuando aun no se había llegado al rompimiento, sino que durante la guerra y con peligro de mi vida sostuve la misma opinión. Ninguno, pues, que juzgue rectamente las cosas cometerá la injusticia de dudar cuál fuera la opinión de César sobre esta guerra, cuando acordó restablecer inmediatamente en sus derechos á los que aconsejaban la paz, y con los demás continuó enojado. Esta conducta sería menos sorprendente observándola cuando aun era dudoso el éxito é incierto el resultado de la guerra, pero el que ya vencedor estima y se interesa por los que aconsejaban la paz, muestra bien claramente que prefería no pelear á vencer.

VI. Buen testigo soy yo de que en esto opinaba de igual modo M. Marcelo. Tan de acuerdo estaban nuestros pareceres en la guerra, como lo estuvieron siempre en la paz. ¡Cuántas veces y con cuánto dolor le vi yo estremecerse por la insolencia de algunos hombres y también por la ferocidad de la misma victoria! A los que aquello vimos debe sernos, por tanto, más agradable tu clemencia, C. César, porque no hay que comparar ya los partidos, sino las victorias. Vimos las tuyas terminadas al acabar las batallas, y no hemos visto en Roma ni una sola espada desenvainada (1). Los ciudadanos que perdimos

(1) César, victorioso, podía vengarse; pero en vez de imitar á Mario y Sila, quiso que sus enemigos le temiesen sólo en el campo de batalla, y los que perecieron, murieron peleando; á excepción de Afranio, Fausto Sila y el joven L. César. Pero en el campamento de Pompeyo era ge-

murieron por la violencia de Marte, no por la ira del vencedor, y nadie debe dudar que C. César volviera á muchos á la vida, de serle posible, puesto que de aquel ejército conserva á cuantos puede. En cuanto al otro partido, sólo diré lo que todos temíamos, que su victoria hubiera hecho derramar mucha sangre, porque algunos amenazaban, no sólo á los que habían tomado las armas, sino también á veces á los que permanecían tranquilos, diciendo que no se debía investigar lo que cada cual pensaba, sino el sitio donde había estado. Paréceme, pues, que los dioses inmortales, si quisieron castigar al pueblo romano por algún delito suscitando una guerra civil tan terrible y funesta, aplacados ya ó satisfechos, han puesto toda la esperanza del remedio en la clemencia y cordura del vencedor.

Vive, pues, César, satisfecho de ésta tan excelente prenda tuya, y goza, no sólo de tu fortuna y gloria, sino también de tu genio y conducta, que es lo que produce al sabio mayor fruto y complacencia. Cuando recuerdes tus hechos belicosos te congratularás muchas veces de tu valor, y muchas más de tu fortuna; cuando pienses en tantos ciudadanos como te plugo conservar contigo en la República, recordarás tus mayores beneficios, tu increíble liberalidad, tu singular cordura, bienes que me atreveré á decir, no son los mayores, sino los únicos; porque es tan preclaro el esplendor de la verdadera glo-

neral el odio y el deseo de vengarse. Muchos días antes de la batalla de Farsalia tenían hecha la lista de los proscritos, comprendiendo en ella á muchos que habían quedado en Italia, indiferentes á la causa de los pompeyanos. El mismo Pompeyo meditaba la venganza.

ria, tanta la dignidad en la grandeza de ánimo y acierto en el consejo, que esto sólo parece ser don de la virtud, y lo demás empréstito de la fortuna. No te canses, pues, de salvar á los hombres de bien persuadido de que no faltaron por ambición ó maldad, sino por errado concepto de que hacían lo que debían, concepto quizá necio, pero seguramente no malo y fundado en una apariencia de bien público. No es culpa tuya que algunos te hayan temido, y es, por lo contrario, tu mayor alabanza el que los más juzgasen que de ninguna manera te se debía temer.

VII. Llego ahora á tus amargas quejas y horribles sospechas que deben precaver tanto como tú los demás ciudadanos, y especialmente nosotros, que te debemos la salvación. Creo que son falsas, pero no he de atenuarlas con mis palabras, porque en tu conservación consiste la nuestra, y si he de pecar de algo, prefiero parecer demasiado tímido, á ser poco prudente. Pero, ¿quién es ése tan insensato? ¿Acaso alguno de los tuyos? ¿Y quiénes son más tuyos que aquellos á quienes diste la inesperada salvación? ¿Será alguno de los que estuvieron contigo? Tanta maldad es increíble en quien no anteponga su vida á la del jefe bajo cuyo mando consiguió cuanto podía desear. Mas si entre los tuyos no hay quien abrigue tan perverso designio, debe precaverse que puedan tenerlo tus enemigos. ¿Quiénes? Todos cuanto lo fueron ó por su tenacidad perdieron la vida, ó por tu misericordia la salvaron, de suerte que tus enemigos no existen, porque los que sobrevivieron son tus mayores amigos.

Sin embargo, como en los corazones huma-

nos hay tantos repliegues y escondrijos, redoblabremos tus sospechas para redoblar también la vigilancia. Porque, ¿quién hay tan ignorante de todas las cosas, tan poco cuidadoso de su bien particular y del común, que no entienda que de tu salvación depende la suya, y de tu vida la de todos los ciudadanos? Yo, en verdad, pensando en ti como debo día y noche, en vista de las contingencias humanas, de los riesgos á que la salud está expuesta y de la fragilidad de nuestra común naturaleza, me estremezco, doliéndome de que la República, que debe ser eterna, dependa de la existencia de un solo mortal. Y si á los accidentes humanos y á lo incierta que es la salud únese también la maldad y la traición, ¿creeremos que haya algún dios capaz de favorecer, aunque quiera, á la República?

VIII. A ti sólo, C. César, corresponde reedificar cuanto en la República ves derribado, como necesariamente había de quedar por el furor de la guerra; tienes que restablecer la justicia, reavivar la confianza, refrenar las pasiones, fomentar la población; en una palabra, atajar con severas leyes la general disolución. En guerra civil tan encarnizada y en tan gran ardimiento de las pasiones, era inevitable, cualquiera que fuese el éxito, que la República maltratada perdiera muchos de los fundamentos de su gloria y estabilidad, y que los dos capitanes, con las armas en la mano, hiciesen muchas cosas que en tiempo de paz ellos mismos hubieran prohibido hacer. Tú, César, tienes que curar todas estas heridas de la guerra, porque á nadie más que á ti corresponde sanar de ellas á la República.

Por eso oí con pena aquella heroica y sabia

frase tuya de que habías vivido lo bastante para satisfacer acaso á la naturaleza ó á la gloria. Podrás, si así lo quieres, haber vivido bastante para satisfacer acaso á la naturaleza, y, si te agrada, añadiré que también á la gloria; pero seguramente para la patria, que es lo esencial, has vivido poco. Prescinde, pues, te lo ruego, de la constancia de los hombres doctos en despreciar la muerte; no quieras ser sabio á nuestra costa. Muchas veces llega á mis oídos que con frecuencia dices haber vivido ya bastante para ti. Lo creería si vivieras para ti solo ó si para ti solo hubieras nacido; pero ahora, cuando por tus hazañas tienes á cargo tuyo el bien de todos los ciudadanos y la dirección de todas las cosas en la República, lejos de haber concluído las obras mayores, ni siquiera has construído los cimientos de las que proyectas. ¡Y en tal momento juzgarás de la duración de tus días, no atendiendo á la salud de la República, sino á la moderación de tu ánimo!

Pero me dirás: ¿acaso es poco grande la gloria que dejamos? Para otros, por muchos que fueran, sería sobrada; sólo para ti es poca; porque cuanto se tiene, aunque sea mucho, es poco, cuando hay otra cosa mayor; y si tus hazañas, cuya memoria será eterna, hubieren de parar, C. César, en dejar á la República, vencidos tus contrarios, en el estado en que hoy se encuentra, te ruego consideres que tu divino valor puede llegar á ser más admirado que glorioso; porque la gloria es fama ilustre y generalizada que se logra por muchos y grandes servicios hechos á los suyos, á la patria ó á todo el género humano.

IX. Lo que te queda por hacer es reconstituir la República, y á este fin debes trabajar, gozando tú mismo de la tranquilidad y sosiego que le has asegurado, y cuando hayas satisfecho á la patria lo que la debes y tu naturaleza esté saciada de vivir, di entonces, si te parece, que has vivido bastante. ¿Es acaso tan larga la vida á cuyo término todo deleite pasado es nada y ninguno ha de haber ya después de la muerte? Verdad es que tu ánimo jamás se contentó con los estrechos límites que á nuestra vida puso la naturaleza y siempre deseó ardientemente la inmortalidad.

Y no se ha de llamar vida tuya la que está reducida al cuerpo y al espíritu. Tu verdadera vida es aquella, sí, aquella, ¡oh C. César!, que subsistirá en la memoria de todos los siglos, cuyo recuerdo conservará la posteridad y será ilimitada y eterna. Esta vida debes satisfacer; con ella has de mostrarte grande, y si ha largo tiempo la haces admirar, procura ahora que también sea alabada.

Admirarán á la posteridad seguramente tus empresas militares, tu gobernación en las provincias, el Rhin, el Océano, el Nilo vencido por tus armas, tus innumerables batallas, tus increíbles victorias, los monumentos erigidos, los espectáculos que has dado y tus triunfos; pero si no afirmas con sabias leyes é instituciones los negocios públicos en esta ciudad, tu fama correrá por todas partes, pero sin tener asiento estable ni domicilio fijo. Habrá también entre los venideros grande discordia, como la hubo entre nosotros, y unos pondrán en las nubes tus hazañas, y otros echarán de menos en ti lo más

esencial acaso, el que, al salvar la patria, no extinguieras el incendio de la guerra civil, como si aquello fuese obra del hado y esto de tu prudencia. Procura, pues, contestar á aquellos jueces que en muchos siglos te han de juzgar, no sé si con más integridad que nosotros, porque en sus juicios no intervendrán ni el afecto, ni el deseo, ni el odio ni la envidia. Y aunque como pretenden algunos, seas entonces insensible á lo que de ti se diga, te corresponde ahora ser de tal modo, que jamás pueda el olvido obscurecer tus alabanzas.

X. Dividiéronse las voluntades entre los ciudadanos; hubo discordia de opiniones. No sólo disentíamos en los deseos y pareceres, sino que tomamos las armas unos contra otros. Un espeso velo ocultaba la verdad, y se entabló la contienda entre generales esclarecidísimos. Muchos dudaban de qué era lo mejor; muchos de qué sería lo que más les conviniese; muchos de lo que fuera más decoroso, y no pocos también de lo que era más lícito. Libróse al fin la República de esta lastimosa y fatal guerra; venció en ella quien no había de avivar con la victoria el fuego de sus odios, sino apagarlo con su bondad; ni había de juzgar merecedores de destierro ó de muerte á todos contra quienes estuviese airado. Unos dejaron las armas; á otros se las quitaron. Es ingrato é injusto el ciudadano que, librado del peligro de las armas, conserva armado el ánimo, y obró mejor que éste el que murió en el campo de batalla, dando la vida por la causa que defendía, porque lo que á unos parezca terquedad lo calificarán otros de constancia.

Pero quebrantada con las armas y extinguida con la equidad del vencedor toda discordia, resta que quieran una misma cosa, no sólo los que tienen alguna sabiduría, sino también alguna prudencia. Si tú no sigues viviendo, C. César, y persistiendo en la manera de sentir que ya antes, y hoy más que nunca, has demostrado, estamos perdidos. Por ello cuantos deseamos la salvación de la república te exhortamos y pedimos que mires por la conservación de tu vida, y todos te prometemos (diciendo á nombre de los demás lo que yo mismo siento) que si crees existe algo de que debes guardarte, no sólo velar por ti y custodiarte, sino también escudarte con nuestros pechos.

XI. Terminemos este discurso repitiendo lo dicho al principio. Todos te damos, C. César, las mayores gracias que podamos tributarte, y digo todos, porque todos sienten lo mismo, como pudiste conocerlo por lo generales que fueron las súplicas y las lágrimas; mas como no es necesario que todos se levanten á hablar, quieren que lo haga yo por todos, lo cual me es en cierto modo preciso, no sólo porque ellos lo quieren, sino también porque por la restitución de M. Marcelo á este orden, al pueblo romano y á la República, juzgo que es especial obligación mía hacerlo. Advierto que todos se alegran, como si la salvación de uno solo fuera la de todos. Mas habiendo yo hecho, mientras estuvo en duda, con solicitud, cuidado y afán cuanto corresponde á un cariño extremado (pues como es sabido se lo profesaba á M. Marcelo, en tanto grado, que apenas cedía en esto á C. Marcelo, el mejor y más cariñoso hermano, y fuera

de éste á ninguno), ahora que me veo libre de tan grandes cuidados, molestias y sentimientos, debo señalarme también en dar las gracias; y te las doy, C. César, tan sinceras como lo exige el que después de haberme tú no sólo salvado, sino también honrado, colmes los innumerables méritos que conmigo has contraído, y cuyo aumento creía imposible, con uno de tus hechos más insignes.

VII

Conseguida la gracia de Marcelo, se vió Cicerón empeñado en emplear su elocuencia y crédito á favor de Ligario, que se hallaba en destierro por haber tomado las armas contra César en la guerra de Africa, donde mandó un cuerpo de ejército. Sus dos hermanos habían seguido siempre el partido de César, y, sostenidos por Pansa y Cicerón, tenían el asunto en muy buen aspecto; pero cuando parecía que este negocio se encaminaba felizmente á su término, Quinto Tuberón, enemigo de Ligario, sabiendo que César estaba particularmente irritado contra los renovadores de la guerra en Africa, le acusó formalmente de obstinado en quererla sostener, y César, que secretamente fomentaba esta acusación, quiso que se viese en juicio con la asistencia suya y con la resolución de asirse á cualquier pretexto para condenarle. Sin embargo, la elocuencia de Cicerón quedó victoriosa del vencedor mismo, y á su despecho le arrancó el indulto de las manos. La belleza de este discurso es tan conocida de todo el mundo que no necesita nuevos elogios.